

Por seguir en octavas este canto,
Débilmente contar *devouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada
A ver un hombre en cueros, que no es
Su esposo, con rubor una mirada
Le echó de la cabeza hasta los piés;
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
Un pensamiento la ocurrió despues,
Que la mujer al cabo ménos lista
Tiene en su corazon algo de artista.

Y al contemplar las formas majestuosas,
La robustez del loco y carnes blancas,
Recordó suspirando las garrosas
Del pobre regidor groseras zancas.
Son las comparaciones siempre odiosas,
Siempre; y en el archivo de Simáncas,
Si no me engaño, pienso haber leído
Que en el simíl perdió siempre el marido.

¡Oh, cuán dañosas son las bellas artes!
¡Y aún más dañosa la afición á ellas!
A sus maridos estudiar por partes
¡Cuántas extravió mujeres bellas!
No pensó más moléculas Descártes,
Ni en más rayos se parten las estrellas,
Que en partes ¡ay! una mujer destriza
A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,
Al ajeno varon le echa el sintético,
Y al más fuerte marido encuentra estítico,
Y al más débil galan encuentra atlético.
Juzga al primero un corazon raquíptico;
Halla en el otro un corazon poético;
La palabra de aquél ruda y narcótica,
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mi este juicio me parece exacto,

Y parézcale mal á los maridos,
Que ellos han hecho con el mundo un pacto,
Y sus derechos son reconocidos;
Y si tienen mujer, justo *ipso facto*
Es que su condicion lleven sufridos,
Que habla con su mujer el que se casa,
Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
De la honrada mujer del concejal
Fué, sin pasion juzgado, estrictamente
Cuando más un pecado venial:
La honrada dueña que no sea siente
(Y este es un sentimiento natural)
Tan membrudo, tan noble y vigoroso
Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa ademas siente tambien,
Que no se ha de saber por mí tampoco,
Ya que ella la reserva, y hace bien,
Que al cabo el hombre aquel no es más que un loco;
Y hay quien dice ademas que con desden
Vió desde entonces, y le tiene en poco,
(Tal impresion en ella el huésped hizo),
A un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
Mas la verdad (si la verdad se puede
En materia decir tan espinosa)
Es (y perdon le pido si se excede
Mi pluma en lo demas tan respetuosa,
Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede)
Mas no lo he de decir, que es un secreto,
Y siempre me he preciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquel? ¿quién le ha traído?
¿Adónde el viejo está que allí vivía?
¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?
La noche ántes Don Liborio habia

Visto en su cuarto al viejo recogido,
Su cuenta preparada le tenía,
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra,
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,
Que por tal al momento le tuvieron,
Y tal belleza y desenfado tanto
Confiesan entre sí que nunca vieron.
Viéranlo con deleite, si el espanto
Que al encontrarlo súbito sintieron
Les dejára admirarle; pero el susto
Hasta á la dueña le acobárá el gusto.

Él los mira tambien entre gustoso
Y extrañado con plácido semblante,
Con benévola risa, cariñoso,
Señalando al patron que está delante,
Y festejar queriéndole amoroso
Fija la vista en él; y al mismo instante
La mano alarga, y el patron la evita,
Se echa hácia atrás amedrentado, y grita.

Y su desvío y desdenoso acento
Sin comprender tal vez, y ya impaciente
El nuevo mozo, entre jovial y atento,
De un salto avanza á la agolpada gente;
En pronta retirada un movimiento
Todos hicieron, y hasta el más valiente,
El audaz regidor, lo ménos cinco
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
Fuera trabar tan desigual combate
Con un loco de atlética figura,
Capaz de cometer un disparate:
Gritando ¡*¡atarlo!* bajan con presura;
Gran medida, más falta quien le ate;
Velos el loco, y más veloz que un gamo

Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusion! que al verle de repente
Rápido desprenderse de lo alto,
Cada cual baja atropelladamente,
Con gritos de terror, de aliento falto;
Rueda en monton la acobardada gente,
Y el regidor, queriendo dar un salto,
Entre los piés del médico se enreda,
Se ase á su esposa y con su esposa rueda.

Y el médico tambien rueda detras,
A un tobillo cogido del patron;
Entrégase el pintor á Barrabas,
Que en un callo le han dado un pisoton;
Armase un estridor de Satanas;
El poeta ha perdido una ilusion,
Que ha visto de la dama no sé qué,
Y á más acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,
Y llénase el portal, crece el tumulto,
Su juicio cada cual por cierto cuenta,
Y se pregunta y se responde á bulto.
Dicen que es un ladron; hay quien sustenta
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
Prendiendo á un regidor, y que él resiste
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
Al sitio en que se alzaba Mariblanca;
Y la nueva fatal de que tremola
Ya su pendon, y que asomó una zanca
El espantoso monstruo que atortola
Al más audaz ministro, y lo abarranca,
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,
Llegó aterrando á la Seeretaría.

Ordenes dan que apresten los cañones,
Salgan patrullas, dóblense los puestos

No se permitan públicas reuniones,
Pesquisas ejecútense y arrestos,
Queden prohibidas tales expresiones,
Obsérvense los trajes y los gestos
De los enmascarados anarquistas,
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luégo á són de caja se publique
La ley marcial, y á todo ciudadano
Cuyo carácter no le justifique,
Luégo por criminal que le echen mano;
Que á vigilar la autoridad se aplique
La mansion del Congreso soberano,
Y bajo pena y pérdida de empleos,
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásanse á las provincias circulares,
Y en la *Gaceta*, en lastimoso tono,
Imprimense discursos á millares
Contra los clubs y su rabioso encono;
Píntanse derribados los altares,
Rota la sociedad, minado el trono,
Y á los cuatro malévolos de horrendas
Miras mandando y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!
Pintado tantas veces y á porfía
Al sonar el horrisono baladro
Del monstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
Que á ser llegaste el pan de cada día,
Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh, cuánto susto y miedos diferentes,
Cuánto de afán durante algunos años
Con vuestras peroratas elocuentes
Habeis causado á propios y á extraños!
Mal anda el mundo; pero ya las gentes

Han llegado á palpar los desengaños,
Y aunque cien tronos caigan en ruina
No ménos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
Turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
Vuestra codicia vil que así os demanda.
¿Pensais tal vez que los robustos quicios
Del mundo saltarán si aprisa anda,
Porque son torpes vuestros pasos viles,
Tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan, qué noble pensamiento
Vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué activo y generoso sentimiento
En ese corazón respuesta ha hallado?
¿Cuál de esperanza vigoroso acento
Vuestra podrida boca ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
Gusanos que roeis nuestra semilla;
Vuestra letal respiracion apaga
La luz del entusiasmo, apénas brilla.
Pasad, huid; que vuestro tacto estraga
Cuanto toca y corrompe, y lo amancilla:
Sólo nos podeis dar, canalla odiosa,
Miseria, y hambre, y mezquindad, y prosa.
Basta; silencio, hipócritas parleros,
Turba de charlatanes eruditos,
Tan cortos en hazañas y rastros
Como en palabras vanas infinitos,
Ministros de escribientes y porteros,
De la nacion eternos parasitos;
Basta; que el corazón airado salta,
La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca,
Y se junta la tropa en los cuarteles,
Y ve la gente con abierta boca
Edecanes á escape en sus corceles
Cruzar las calles, y al motin provoca
El gobierno con bandos y carteles,
Y andan por la ciudad jefes diversos
Cuyos nombres no caben en mis versos,
Como el jefe político y sus rondas,
Capitan general, gobernador,
Los que por mucho, ¡oh monstruo! que te escondas
Darán contigo en tu mansion de horror.
Como del mar las agolpadas ondas
Al impetu del viento bramador,
La calle entera de Alcalá ocupando,
Se va la gente en multitud juntando.
Y ya el discorde estrépito aumentaba,
Y la mentira y el afan crecía,
Y la gente á la gente se empujaba,
Codeaba, pisaba y resistía.
El semblante y los ojos empinaba
Cada cual para ver si algo veía,
Y en larga hilera están ya detenidos
Gentes, carros y coches confundidos.
Como bosque de palmas que al violento
Impetu dobla la gallarda copa,
Cuando apiñado lo recoge el viento
Y con su manto anchísimo lo arropa;
Así ondulaba en sordo movimiento
En la ancha calle la agolpada tropa;
Y la apiñada muchedumbre ruje
Al vaiven rudo de su propio empuje.
Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
La agitacion del popular tumulto;
Y un pánico terror entre el gentío

Con asombro comun resbala oculto;
Y en tan revuelto y congojoso lío,
Con ronca voz y con violento insulto,
Contrarios intereses y pasiones
Se abren plaza á codazos y empujones.
Y como negra nube en el verano
Desátase en violento torbellino,
Y piedras llueve, y el dorado grano
Arroja al viento en raudos remolino;
Súbito rompe el populacho insano,
Se esparce y atropéllase sin tino,
Y huyen acá y allá, y allá y acá
Corre la gente sin saber do va.
Ya habrá el lector, si como yo, del ruido,
Y bulla popular y movimiento
Alguna vez aficionado ha sido,
Y con juicio observó y detenimiento,
Visto alguno tal vez tan aturrido
De la fuga en el critico momento,
Que dos horas despues, si lo ha encontrado,
Del impetu primero aún no ha aflojado.
Y en bandadas derrámase y se extiende
La ántes amontonada muchedumbre,
Como gorriones que el gañan sorprende
Vuelan del llano á la lejana cumbre.
Nadie á la voz del compañero atiende,
Nadie acude á lejana pesadumbre,
Nadie presta favor, y todos gritan,
Y en confuso tropel se precipitan.
Y allí la voz aguardentosa truena,
Grita asustada la afligida dama,
Ladran los perros, y las calles llenas
La gente que en tumulto se derrama:
Suspende el artesano su faena,
Cuidoso el mercader sus gentes llama,

Puertas y tiendas ciérranse, añadiendo
Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura
Cada cual su comercio y mercancía,
Y cómo alguno entre el tropel procura
Mostrar serenidad y valentía,
Y en torno de él la multitud conjura
A reunirse con calma, y sangre fría
Aconseja, mirando alrededor
Con ojos que desmienten su valor.

Y otros, audaces, de intencion dañina,
Gózanse en el tumulto, y de repente
Donde la gente más se arremolina
Prontos acuden á aturdir la gente;
Y huyen por aumentar la tremolina
Y confusión, y contra el más paciente
Espectador pacífico se estrellan,
Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,
Perora aquél y el otro hazañas cuenta;
Páranse en corro y furibundos votan,
Y un solo grito acaso el corro ahuyenta;
Y aquellos de placer las palmas frotan;
Y éste el sombrero estropeado tienta,
Párase, y el aliento ahogado exhala;
Y el tambor va tocando generala.

Y algunos nacionales van saliendo,
El ánimo á la muerte apercebido,
El motín y su suerte maldiciendo
Con torvo ceño y gesto desabrido;
Y con voz militar, *Adios*, diciendo
A su aterrada cónyuge el marido,
Al són del parche y á la voz de alarma
Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones,

Y órdenes mil el ministerio expide,
Y envuelta en mil diversas confusiones
La autoridad, en fin, nada decide,
Y hay quien demanda á gritos los cañones
Y quien las cargas de lanceros pide,
Y tal vez otro cavilando calla
Si escogerá la lanza ó la metralla;

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman
Por las faldas del rojo Mongibelo
De lava mil torrentes, que recaman
Con igneas cintas el tremante suelo,
Turbas de gente alborotadas braman,
Y se derraman con insano anhelo,
En turbiones las calles inundando,
Los unos á los otros espantando;

Súbito con asombro ve la gente
Que aun al portal del regidor espera,
Salir desnudo á un hombre de repente
Con veloz violentísima carrera;
Y otro tras él con cólefa impotente,
Chico y gordo y vestido á la ligera,
Afligido, empolvado y sin aliento,
Todos los pelos de la calva al viento;
Y á una mujer también desaliñada,
Y seis ó siete más llenos de espanto,
Todos tras él gritando con turbada
Voz, *que tengan al loco*. Y entre tanto
Por la calle, la faz alborozada,
El loco va con regocijo tanto,
Que causa gusto al verle tan esbelto
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura
Desnuda de aquel hombre que corria
Rápido como el viento, y la premura
De la turba que ansiosa le seguía,

Y las voces oyendo, y la locura
Temiendo del que loco parecía,
Sin otra reflexion viento tomaron,
Y hasta tomar distancia no pararon.
Mas luégo que la calma sobrevino,
Y los más animosos acudieron,
Y que era huir un necio desatino,
Los ménos advertidos conocieron,
Y á todos de saber el caso vino
Curiosidad, hácia el patron corrieron;
Que eran el nuevo jóven y el patron
De tanto laberinto la ocasion.

Y en corro el caso del patron indagan,
Y discuten tal vez puntos sutiles,
Y los mages desvariando vagan
Perdidos de la historia en los perfiles;
Y oyen discursos sin que satisfagan
Los discursos las mentes varoniles
Que ánsian profundizar; y nadie entiende
El caso que el patron contar pretende.

—Es, pues, el caso, el regidor decia,
Que este viejo es un loco huésped mio,
Trocado en jóven de la noche al dia.

—Mirad que estais diciendo un desvario.

—¡Yo cuento la verdad! —¡Necia porfia!

Está loco.—Señores, no me rio,
Yo no discurro nunca á troche y moche;
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.

—Si eso no puede ser.—¡No hay quien me asista

(Gritaba la mujer) es un perdido,

Un servil, un ladron, un anarquista;

Ha querido matar á mi marido.

—Y á vos os viola si no andais tan lista;

La repuso un chuzon, cara de pillo,

Que alegraba con chistes el corrillo.

—Yo dije que era viejo; ahora no digo
Que no sea jóven.—Id, y el diablo os lleve.

—Y ahora se me va...—Sois un bodigo.

—Con más de cuatro meses que me debe.

—Vos os contradecís.—Me contradigo,

Y no me contradigo.—Que lo pruebe

(Gritaba el chusco de la faz burlona);

Idos, buen hombre, á reposar la mona.

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,

Párase, corre, alborozado grita,

Mira alegre enredor, nada recela,

Cuanto le cerca su entusiasmo excita.

Palpar, gritar, examinar anhela

Cuanto mira y en torno de él se agita,

Como al amor de maternal cariño

Mira la luz embelesado el niño.

¡Pobre inocente, alma que entretiene

El mundo, y le divierte cual gracioso

Juguete, y á mirarlo se detiene

Con pueril regocijo candoroso!

La luz, las gentes en conjunto viene

Todo á herirla, cual juego luminoso

De prodigioso mágico que alzára

Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,

La gente, y el tumulto, y los sonidos

En grata confusion de resplandores

Y de armonias llega á sus sentidos flores,

Cual las que esmaltan diferentes flores,

Los verdes prados por Abril floridos

Confunden con sonoro movimiento

Ruido y colores si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,

Y el corazon su amor y lozania;

Su mente les regala su frescura,
Y su rico color su fantasía;
Les da su novedad luz y tersura,
Regocijo les presta su alegría;
Que el alma gozo al contemplarse siente
Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,
Y algazara, y bullicio alegre y vario,
Movido por recóndito portento
Ve el mundo cual magnífico escenario;
Lámpara el sol meciéndose en el viento,
Y obras de artificioso estatuario
Las figuras que en rápido tumulto
Cruzan, y anima algún resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,
Que en sí propia su alma se alimenta,
Latir sintiendo alborozado el pecho,
Nada se explica ni explicarse intenta;
Corre al placer de su ilusión derecho,
De su mismo placer sin darse cuenta;
Que del placer que se gozó sin tasa
Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe
Que sólo al niño su inocencia abona,
Y que en el mundo compasión no cabe
Que en la inocencia mofador se encona;
Alma llena de fe, cándida ave
Que dulces trinos en el bosque entona;
Que sencilla de rama en rama vuela,
Sin que su gracia al cazador conduela;

Alma que en la aflicción y la agonía
Del alboroto popular y estruendo
Grata danza de amor y de alegría
Con indecible júbilo está viendo;
Cánticos la espantosa gritería,

Piensa tal vez, en su ilusión creyendo;
Animadas escenas placenteras
El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el común contento
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja
Del bullicio, más rápido que el viento,
Y en torno de él la gente se amanoja.
Ni cura del ajeno sentimiento,
Ni de verse desnudo se sonroja,
Y ora forman en torno de él corrillos,
Ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel día el asombro de la villa
Y escándalo de todo hombre sesudo,
Yendo tras él de gente una trailla
Que aterra á veces su ademan forzado:
Allí corren los chicos, aquí chillan
Una mujer al verle andar desnudo;
Y algunas que los ojos se taparon,
Por pronto que acudieren le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa;
Y alguno allí de condición liviana
Quiere que pruebe la intención graciosa
Y el trato afable de la especie humana;
Y arrojándole piedras, con donosa
Burla por gusto é intención villana,
Le hizo el dolor sentir, para que sepa
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas
Y su dicha y el mundo bendecía,
É inocentes miradas y serenas
Vertiendo en torno afable sonreía,
Cuando la bruta gente á manos llenas
Lanzaba en él cuanto dolor podía,
Que en traspasar disfrutaban los humanos
Su dolor en el alma á sus hermanos;

Sintió el dolor, y el rostro placentero
Súbito coloró de azul la ira,
Y ya el semblante demudado y fiero
Con ojos torvos á la gente mira :
Huye el cobarde vulgo á lo primero,
Piedras despues sin compasion le tira,
Gritan, *al loco*, y con temor villano,
Huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusion primera
Recuerda acaso en su niñez perdida ?
¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera
Que abrió en el alma la primer herida ?
¡Ay! desde entónces, sin dejar siquiera
Un solo día, siempre combatida
El alma de encontrados sentimientos,
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo
Que el alma atravesó sin duda alguna ;
Fué de todos los golpes el más rudo
Que injusta nos descarga la fortuna,
Cuando inocente el corazon desnudo,
En el primer columpio de la cuna
Se abre al amor en su ilusion divina,
Y en él se clava inesperada espina.

¡Y despues! ¡y despues!.... Así el mancebo,
Hombre en el cuerpo y en el alma niño,
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,
Todo adornado con gentil aliño,
Del falso mundo al engañoso cebo
Corre y brinda bondad, brinda cariño;
Y el mundo, que al placer falaz provoca,
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje : el mundo por su amor se encarga
Como un chorizo de curarla al humo,
Y de hiel rica quinta esencia amarga

Sacar para bañarla con su zumo ;
Luégo la ensancha más, luégo la alarga,
La esquina, en fin, con artificio sumo,
Hasta que endurecida y hecha callo,
Suave al tacto le parece un rayo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
Grave dolor, porque de aquella gente
La injusticia y crueldad ha comprendido
Con que paga su amor tan inocente ;
No en el cuerpo, en el alma le han herido,
Que es niña el alma y varonil la mente,
Y de juicio y razon Dios la ha dotado,
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando
El físico dolor al pensamiento,
Volvió los ojos tristes, implorando
Piedad con amoroso sentimiento,
Madre tal vez en su dolor buscando
Que temple con caricias su tormento ;
*Mas los hombres no sirven para madres,
Y áun apénas si valen para padres ;*

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,
Que la gente ahuyentó con su llegada,
Y el mozo, agradecido á su destino,
Miraba con placer la gente armada.
Pregúntanle despues de dónde vino,
Cómo va en cueros, dónde es su morada ;
Y él, que no sabe hablar, nada responde,
Los mira, y sigue, sin saber adónde.

¿ Y adónde va ? A la cárcel prisionero,
Que anda desnudo y es ya delincuente ;
El, entre tanto, observa placentero
Los colores que viste aquella gente ;
Y de una bayoneta lo primero,
Al mirarla tan tersa y reluciente,

Tocó la punta en su delirio insano,
Y en su inocente afán se hirió la mano;
Y este fué entónces el dolor segundo;
Y dejáremos ya de llevar cuenta,
Que para algo Dios nos echa al mundo,
Y la letra con sangre entra y se asienta:
Y así la razón gana, así el profundo
Juicio con la experiencia se alimenta;
Y porque aprenda, el mundo así recibe
Al que no sabe cómo en él se vive.

CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma
Forma el arroyo que jugando salta;
Ricos países de vistosa pluma
En campos de aire el pajarillo esmalta;
Alzase lejos nebulosa bruma,
De sombra rica, si de luces falta;
Y el verde prado y el lejano monte
Muro y término son del horizonte.
Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en el Oriente el alba tiende,
Y blanca, y pura y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende;
Cándida silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende;
Y en su frente la ondina voluptuosa
Se mece al són del agua armoniosa.
Y tras la densa y tenebre cortina
Del hondo mar sobre la rubia espalda,
Ráfagas dando de su luz divina,
Mécese el sol en lechos de esmeralda;
La niebla á trozos quiebra y la ilumina
Del terso azul por la tendida falda;